

ALL IN CON JORDAN EASLEY

¿Por qué me llamas Señor?

Preguntas que Jesús hizo | Parte 2 | Lucas 6:46

INTRODUCCIÓN

Cada año, la gente se disfraza y finge ser alguien que no es. De niño, mi disfraz favorito era Superman: la capa roja, el traje azul, la gran «S». Por una noche estaba convencido de que podía volar, saltando del sofá y corriendo por el patio salvando a personas imaginarias de peligros imaginarios. Pero cuando terminaba la noche y me quitaba el disfraz, volvía a ser yo, sin capa, sin poderes. Por dentro, no era quien fingía ser por fuera. Y, por triste que sea, así viven muchas personas espiritualmente. Crecemos sabiendo llevar un «disfraz de domingo»: sabemos sonreír, cantar, citar versículos y decir todo lo correcto; y luego, cuando termina el servicio y la música se apaga, volvemos a nuestra vida de lunes a sábado. Muchos hemos aprendido a parecer la parte sin vivirla.

Eso no es nuevo. En el mundo antiguo, el entretenimiento venía del teatro griego, donde los actores usaban máscaras enormes para que la multitud supiera qué personaje representaban. La palabra griega para esos actores era *hypokritēs*, «el que usa una máscara», y de ahí viene la palabra «hipócrita». Así que cuando Jesús llamaba hipócritas a las personas, su audiencia imaginaba a alguien representando un personaje público que no era real en privado. En Lucas 6, tras el Sermón del Llano, con miles siguiendo cada uno de sus movimientos, Jesús se detuvo, miró directo a sus corazones e hizo una de las preguntas más penetrantes de toda la Escritura: «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?». Porque no todo el que escucha a Jesús lo está siguiendo de verdad; el solo hecho de estar presente no significa estar entregado.

PUNTOS CLAVE

1. No solo lo digas: vívelo

«¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6:46). Jesús no estaba condenando, estaba confrontando, llamando a sus seguidores a mirarse con honestidad al espejo y preguntar: ¿concuerdan mis palabras con mi andar? La palabra «Señor» es el griego *kurios*: amo, gobernante, el que tiene autoridad completa. Así que llamar a Jesús «Señor» es entregarle el control: el derecho de dirigir y de definir lo que está bien y mal en nuestra vida. Como alguien dijo: «Si Jesús no es Señor de todo, no es Señor en absoluto».

Pero seamos sinceros: eso es difícil de vivir. Queremos sus bendiciones sin sus límites, su perdón sin sus mandamientos; queremos confiar en Él mientras seguimos aferrados al volante. Es el viejo problema de las calcomanías: las correctas por fuera, el espíritu equivocado por dentro. Muchos amamos a Jesús como Salvador, pero resistimos su señorío; sin embargo, el verdadero señorío significa rendición: su camino tiene prioridad sobre el nuestro, y su voz supera a nuestros sentimientos. Y esto no se trata de perfección, sino de alineación. Cuando Jesús es Señor, aún fallarás, pero ahora respondes a la convicción del Espíritu, te apartas del pecado y realineas tu corazón con su voluntad. La fe no se prueba por lo que declaras, se revela por lo que eliges.

2. No solo lo oigas: edifica sobre ello

Justo después de la pregunta, Jesús contó una historia para mostrar lo que quería decir: «Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las hace... es semejante al hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca» (Lucas 6:47-48). Seguir a Jesús no es un sentimiento, es un fundamento. Toda la multitud conocía la imagen: la superficie parecía firme, pero el edificador sabio tomaba su pala y cavaba hasta llegar a la roca, mientras el perezoso levantaba una casa rápida sobre terreno poco firme. La obediencia es cavar hondo —a través del orgullo, del miedo, de la comodidad— hasta que tu vida descansa sobre Él.

Tenemos más acceso a la Escritura que cualquier generación en la historia, pero Jesús dice que oír no basta. Un sermón puede inspirarte, pero solo la obediencia te estabilizará; no es lo que sabes lo que te ancla, es lo que obedeces. Como un fuerte de mantas en la sala que se ve increíble por diez minutos hasta que el perro lo atraviesa, puedes edificar rápido y fácil o fuerte y firme, pero no ambas cosas. El griego detrás de «cavó y ahondó» significa cavar con esfuerzo y persistencia; no es glamoroso, pero vale la pena, porque las tormentas vienen: las lluvias de la pérdida, las inundaciones de la tentación, los vientos de la desilusión. Cuando tu vida está edificada sobre la obediencia, podrás doblarte, pero no quebrarte: «cuando vino la inundación, aquella casa no pudo ser movida, porque estaba bien edificada».

3. No solo parezcas fuerte: mantente firme

Luego Jesús da el contraste: «Mas el que oyó y no hizo, semejante es al hombre que edificó su casa sobre tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó, y fue grande la ruina de aquella casa» (Lucas 6:49). La misma casa, el mismo río, la misma tormenta, y un resultado completamente distinto. Esto no se trata realmente de construcción, sino de compromiso. Ambos edificadores oyeron el mismo mensaje y tuvieron la misma oportunidad, pero uno respondió y el otro se resistió, y el que se negó a actuar se derrumbó de repente, por completo, sin recuperación. «Fue grande la ruina» no es ira en la voz de Jesús, es quebranto. Él no intenta asustar a sus oyentes, intenta librarlos.

Es como armar un mueble ignorando el instructivo: se ve bien por un rato, hasta que te sientas y se tambalea y colapsa. No puedes ignorar las instrucciones del Constructor y esperar que la estructura se sostenga. Así que en el versículo 46, Jesús en realidad está diciendo: «Si soy Señor, déjame guiar»: tu matrimonio, tus prioridades, tus decisiones, tu familia, tu negocio, tus reacciones cuando la vida se pone difícil. Y cuando dejas de solo llamarlo «Señor» y de verdad lo dejas guiar, Él trae orden donde ha habido caos, paz donde ha habido presión y fortaleza donde ha habido inestabilidad. La rendición no es debilidad, es sabiduría; la obediencia no se trata de control, es la confianza que dice: «Mi vida está edificada sobre algo más fuerte que yo». En el momento en que dejas de solo decir «Jesús es Señor» y empiezas a confiar en Él, obedecerlo y seguirlo como Señor, la pregunta que antes te

convención se vuelve la que ahora te define, porque de ahí en adelante, tu vida es la respuesta.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Dónde estás usando un «disfraz de domingo», diciendo las palabras correctas o pareciendo la parte, mientras tu vida de lunes a sábado cuenta otra historia?
2. Jesús dice que la obediencia es «cavar hondo» para edificar sobre la roca. ¿En qué área has estado *oyendo* su Palabra sin ponerla por obra, y cómo se vería edificar sobre ella esta semana?
3. «Si soy Señor, déjame guiar». ¿Qué habitación de tu vida —matrimonio, dinero, prioridades, reacciones— has estado reteniendo de su liderazgo, y estás dispuesto a entregarle los controles?
